

el bautismo, y que es llamado por los griegos *Theophanía* (aparición divina).

El altar que se levanta es muy sencillo y los ornamentos que se llevan de Belén tampoco son lujosos; pero ¡qué magestad y encanto prestan á la escena del Santo Sacrificio los recuerdos que evoca el lugar! Hombres y mujeres se prosternan humildes en actitud de orar; todos comulgan en la Misa, y durante la acción de gracias entonan cánticos sagrados, que vienen á mezclarse en perfecta y sublime armonía con el ruido del río bíblico.

Terminada la acción de gracias, se precipitan los peregrinos en las aguas santificadas por el contacto del Cristo, acompañando á esta inmersión la renovación solemne, fervorosa, de las promesas del bautismo. Al salir, la más perfecta alegría se revela en sus semblantes, y no parece sino que han hallado en el agua santa el secreto misterioso de una nueva vida. Este baño, sin el cual no se tendría por completa la peregrinación, no está exento de peligro. En la primavera y al principio del estío, el Jordán, hinchado con las lluvias del invierno y la fusión de las nieves del grande Hermón, se convierte en un verdadero torrente que puede arrastrar con facilidad aun á los mejores nadadores.

En otro tiempo, los Padres de Tierra Santa iban cada año en peregrinación al Jordán y celebraban en la orilla el Santo Sacrificio de la Misa, piadosa costumbre que ha cesado hace más de cincuenta años. En los archivos del convento de San Salvador se encuentran las descripciones que para semejante peregrinación estaban dispuestas; entre otras se previene que los Padres deben llevar los utensilios necesarios para sepultar á los muertos, fúnebre precaución que casi nunca resultaba inútil. La inseguridad que ofrece la comarca, los gastos que ocasionaba una comitiva numerosa y la baja que ha tenido la comunidad, ya por los árabes, ya por las enfermedades, precisaron á los Franciscanos á prescindir de su peregrinación. Sin embargo de correr el Jordán á pocos kilómetros de Jerusalén, medio siglo atrás estaba el viaje erizado todavía de peligros; á principios de este siglo el vizconde de Chateaubriand ganó fama de temerario realizándolo escoltado por algunos moradores de Belén. La índole feroz de los beduinos, incitada por el fanatismo musulmán y el amor al pillaje, los llevaba á cometer con los cristianos toda suerte de indignidades y violencias. No sin razón prescribieron los Padres llevar consigo los utensilios para el caso de muerte. Más de una vez las balas de los asesinos derribaron á algunos peregrinos y sus hermanos abrían la fosa que había de guardar sus restos mortales. La ferocidad de aquellos moradores había llegado á ser pro-

verbial. Hace poco más de medio siglo, en una de las últimas peregrinaciones anuales, los hijos de San Francisco fueron atacados por numerosa cuadrilla de salteadores; muchos murieron en el campo, algunos pudieron salvarse en los montes y otros quedaron cautivos de los árabes. Semejantes violencias no son de temer ahora, á no ser para los viajeros aislados que temerarios penetran en aquellos desiertos. El abate Mislin asegura haber sido tratado siempre bien por los árabes y dice que no temería verificar la excursión al Jordán sin escolta y sin más compañía que la de dos hombres, no adoptando otra precaución que la de no entrar en el pueblo de Riha.

El Jordán es el río más caudaloso de la Tierra Santa. Los hebreos le daban el nombre de Ha-Yardén, y actualmente llámanle los árabes El-Urdín ó Scheriat-el-Kebir. En el Ante-Líbano tiene tres manantiales: el Baniás, que mana de una gruta junto á Cesárea de Filipo; el Dan, que tiene origen al Norte de Baniás cerca de Tel-el-Kadi; y el Nahr-Hasbani, que nace en Harbeya, al pie del Djebel-el-Scheik. Esos tres ríos juntos forman el Jordán, que desagua en el lago Houlé ó aguas de Merom (aguas de la montaña) según la Escritura.

Este lago en invierno tiene tres leguas y media de largo por una de ancho; pero en verano está punto menos que seco.

A media legua del lago subsiste el puente de Jacob, de mármol negro, con un pabellón al lado. En este sitio el Jordán sólo mide treinticinco pies de ancho, si bien parece muy profundo; y allí Joaquín Murat, dueño del paso, exterminó á los restos del ejército turco que, rotos y huyendo en desorden del campo de batalla del Thabor, hallaron la muerte en las bayonetas francesas ó en las aguas del Jordán. Al Sud del puente y á la distancia que le separa del lago de Tiberiades empieza la depresión del valle del Jordán, la más notable del globo tanto por su longitud como por su profundidad: se extiende hasta el punto en que las aguas se dividen entre el mar Muerto y el Rojo, en una longitud de tres grados de latitud; su parte más baja es el nivel del mar Muerto. Desde el puente de Jacob el Jordán se dirige al lago de Tiberiades, del cual sale muy anchuroso, aunque poco profundo; luego se angosta y serpentea hasta desaguar al mar Muerto. La anchura máxima del Jordán en verano no excede de ciento cincuenta pies; el curso de sus aguas alcanza á cuarenta y dos leguas. La diferencia del nivel del mar de Tiberiades y del Muerto es de setecientos dieciséis pies; por consiguiente, admitiendo una distancia de 25 leguas entre ambos mares, el Jordán ha de tener un declive medio de 28 $\frac{1}{2}$ pies por legua. Sus manantiales están á más de 800 metros sobre el nivel del Mediterráneo, y

su desagüe está á 1341 pies más bajo, lo cual produce un declive total de 2141 pies.

Línea de demarcación natural entre la zona oriental y la occidental de Palestina, separábalas el Jordán profundamente, y sólo á raros intervalos se podía y se puede pasar de una orilla á otra, atravesando vados en los que importa no fiarse sino en la época en que la corriente es escasa. Varios puentes ofrecían más seguro paso, pero en el día de ellos no quedan en pie más que tres con visibles señales de la restauración moderna: uno al Norte del lago El-Houleh; otro, el de Jacob antes citado, entre este lago y el de Tiberíades; y el tercero, en fin, á unos once kilómetros al Sud de este lago. Desde este puente hasta el mar Muerto, es decir, en una extensión que en línea recta mide cien kilómetros y que doblan cuando menos las infinitas sinuosidades del río, éste ha de ser vadeado, lo cual en la época de las crecidas es casi impracticable. Aún en la orilla hay entonces cierta exposición en bañarse y raras son las peregrinaciones griegas, por lo común muy numerosas, en que no ha de deplorarse alguna desgracia. En ciertos puntos tiene el río dos cauces; uno profundo y angosto para el verano y otro más ancho para el invierno y la primavera.

Las aguas del Jordán, buenas para beber, son de un color variable. En los meses de abril y mayo bajan turvias y terrosas; por el contrario, en pleno estío y cuando se hallan desembarazadas del lodo que acarrean, son límpidas y cristalinas, reflejando entonces el azul del cielo. Este es el motivo que las ha hecho juzgar diferentemente aunque con igual verdad, por aquellos mismos que las han visto de cerca pero en distintas estaciones. Y aun cuando es cenagosa, el agua del Jordán se hace, á poco que se la deje en reposo, clara y límpida y es agradable al paladar.

A pesar del interés histórico y religioso que á él va unido, conocido y visitado por esto en todos los tiempos, el Jordán no había sido explorado jamás de una manera científica, hasta que de medio siglo acá se han practicado por hombres sabios de distintas naciones importantes trabajos que han derramado nueva luz sobre aquella privilegiada comarca. Dos viajeros han intentado en nuestra época bajar embarcados por el río desde el lago Tiberíades hasta el mar Muerto, y uno y otro, el teniente inglés Molineux en 1847 y el teniente americano Lynch en 1848, encontraron en su navegación muy grandes obstáculos; debiendo salvar veintisiete saltos de gran peligro y otros muchos menos considerables. M. Molineux se embarcó en el lago Tiberíades el día 23 de agosto y llegó al mar Muerto el día 3 de septiembre. El te-

niente Lynch puso flote en aquel lago en 8 de abril las dos embarcaciones, de hierro la una y de cobre la otra, que para este objeto había traído de Nueva York á Caifa, y después de explorar el mar de Galilea descendió río abajo. Formaban la expedición unas cuarenta personas, entre ellas un piloto del país embarcado en Tiberíades; pero éste hallóse conocer tan poco el río y su difícil navegación como los marinos de Nueva York, y M. Lynch hubo de dirigir él mismo sus embarcaciones.

En 200 millas se calcula la extensión del Jordán entre ambos mares, tomando en cuenta los recodos; las embarcaciones sólo andaban seis millas al río. Muchas veces el día corre impetuoso entre escollos y peñascos sin cuento; en veintisiete puntos las aguas son espantosamente rápidas, sin contar otros infinitos menos considerables. En 18 de mayo arribó Lynch al lugar donde se bañan los peregrinos, y que él señaló como muy expuesto; desde allí continuó su penosa y aventurada navegación hasta el mar Muerto.

A primera vista parece que las riberas del Jordán no han sido jamás habitadas al mirarlas ahora tan incultas y desiertas; la vega en otro tiempo abundante en cosecha de cáñamo y trigo ya sazonado en abril se muestra por lo general seca y desnuda, algunos campos de algodón, altas malezas en varios puntos y las dos franjas de cañas y frondoso arbolado que sombrean ambas márgenes, casi sin solución de continuidad desde las fuentes del río hasta el mar, son allí toda la vegetación. La causa de esto ha de buscarse en la configuración del terreno; junto á aquella espesura se extiende una zona por lo general estrecha y naturalmente feraz, que es bañada por el río en sus crecidas; limitarla una serie de oteros de tierra blanquecina de variadas formas y separados por profundas quebradas que, descendiendo de los inmediatos montes, cortan transversalmente la vega y van á morir al Jordán. Al otro lado de esas eminencias va elevándose el valle poco á poco, hasta que, ora más angosto, ora más ancho, llega á la falda de las dos grandes y paralelas sierras entre las que aparece como extensa llanura rebajada en su centro, por donde serpentea el Jordán. De ello resulta que, á excepción de una estrecha franja de tierra inferior que es fecundada por las aguas del río, no puede serlo el valle en su parte superior sino por medio de canalizos que establezcan un riego artificial tomando el agua de los varios manantiales que brotan en las montañas que lo dominan. Sin estas fuentes vivificantes estaría condenado á la esterilidad y á no cubrirse de hierbas y arbustos silvestres sino en la estación de las lluvias; con ellas por el contrario, ha sido y es aún muy fértil en aquellos puntos donde es cultivado y donde circula todavía el agua;

mas por desgracia la mayor parte de los acueductos, tajeas y arroyos artificiales que en otro tiempo se trazaron ya no existen, y las admirables plantaciones de palmeras, de caña dulce y árbol del bálsamo han desaparecido del todo. De las ciudades que allí se fundaron pocos vestigios quedan, y excepto algunos campos que son cultivados por los fellahs que moran en las aldeas situadas en aquellos montes, la vega del Jordán queda entregada á merced de las tribus errantes de beduinos que divagan por ella llevando de un lado á otro sus rebaños, sus campamentos y sus robos.

Ningún río del mundo ha tenido destinos más gloriosos, y ninguno entre los más caudalosos que riegan nuestros continentes puede rivalizar con él en importancia y en la grandeza de sus históricos recuerdos.

Jacob, á su vuelta de la Mesopotamia, lo vadea con su familia y numerosos rebaños.

Moisés fué con los israelitas á orillas del Jordán, y antes de abandonarlo, repartió la Tierra Prometida á las diferentes tribus, enseñándoles cuanto el Señor le ordenara. Luego en presencia del pueblo que le escuchaba pronunció su proterio y más sublime cántico: «Oid, cielos, lo que habló; oiga la tierra las palabras de mi boca.»

Y habló el Señor á Moisés aquel mismo día, diciendo: «Sube á ese monte de Abarim, esto es, de los Pasajes, el monte Nebo que está en la tierra de Moab enfrente de Jericó; y mira la tierra de Canaán que yo he de dar á los hijos de Israel para que la posean; y muérate en el monte.»

La ribera derecha del Jordán cupo á la tribu de Benjamín, y la ribera izquierda á la tribu de Rubén y de Gad; la comarca situada al Este del Jordán era la Perea, ó tierra de Galaad. Las montañas comienzan á dos leguas del Jordán, y álzanse encrespadas como incontrastables murallas. En sus vertientes tienen una anchurosa meseta habitada por árabes independientes, nómodas y sedentarios; estos montes son conocidos con el nombre de Djebel-Belka.

Josué, precedido del arca y seguido del pueblo de Israel, atraviesa á pie enjuto su lecho, desecado de repente el Jordán á la palabra del Señor, para entrar en la tierra prometida. Recordemos su historia.

En el momento en que el Señor le hizo conocer su voluntad, el Josué de Israel mandó á los príncipes, y por ellos al pueblo, que se proveyeran de víveres, porque después de tres días pasarían el Jordán.

Al mismo tiempo recordó á los guerreros de la tribu de Rubén y de Gad, así como á los de la mitad de la de Manassés, la palabra que habían dado á Moisés de dejar sus mujeres, sus hijos y sus ganados en sus posesiones de este lado del Jordán hacia el Oriente, y de marchar

ellos mismos á la cabeza de sus hermanos para conquistar con ellos el país del otro lado de este río. Respondieron ellos: «Haremos todo lo que nos ha mandado, é iremos á donde nos enviases. Así como en todo obedecemos á Moisés, del mismo modo te obedeceremos también á tí, solamente que el Señor tu Dios sea contigo como fué con Moisés. El que contradijese tu palabra y no obedeciese á todas las órdenes que le dieres, muera. Sólo que tú tengas brío y te portes varonilmente.»

Se contaban entre ellos cerca de ciento diez mil hombres en estado de llevar las armas. Josué no se puso al frente más que de cuarenta mil.

Había enviado espías al otro lado del Jordán, para examinar el país y la ciudad de Jericó. Entraron en casa de una mesonera de la ciudad, que se llamaba Rahab. Al punto se dió aviso al rey de Jericó, que envió á decirla que les pusiese en sus manos; pero les ocultó en el sobrado de su casa, cubriéndoles con tasco de lino que allí había, y respondió que habían salido de la ciudad antes que se cerrasen las puertas; que fueran en su seguimiento y les alcanzarían. Antes que sus huéspedes se entregasen al sueño, subió á donde estaban, y les dijo que sabía que el Eterno había dado á los israelitas esta tierra; que había embargado el terror á los habitantes, y que estaban perdidos: «hemos oído como el Eterno ha desecado el mar Rojo ante vosotros cuando salisteis del Egipto, y lo que habéis hecho á los dos reyes de los amorreos al otro lado del Jordán, Sehón y Og, que habéis dado muerte; lo hemos oído, y nuestro corazón está lleno de pavor, y ninguno tiene valor á vuestra aproximación, porque el Eterno, vuestro Dios, es el Dios que reina en lo alto del cielo y aquí abajo en la tierra. Ahora, pues, juradme por el Eterno que, como he usado con vosotros de misericordia, así también vosotros usaréis de ella con la casa de mi padre, y que me daréis una segura señal, á fin de que salvéis á mi padre y á mi madre, á mis hermanos y á mis hermanas, y todo lo que les pertenece, y que nos libraréis de la muerte.» Ellos le juraron y le dieron por señal un cordón de grana, por el cual les hizo descender de su casa, que estaba apoyada sobre la muralla de la ciudad. A la llegada de los israelitas debía colgar esta cuerda de la ventana, y reunirse todos los suyos en su casa con ella. Por esto serían salvados. Los espías huyeron de esta suerte, después de haberse retirado á los montes según el consejo de Rahab, y estuvieron ocultos allí durante tres días, hasta que los hombres enviados en su persecución hubiesen dado la vuelta. Llevaron, pues, al campamento felices nuevas; contaron á Josué lo que había sucedido, y dijeron: «El Señor ha puesto en nuestras manos toda esta tierra y todos sus habitantes están poseídos de temor.»